

Los Ases del Toreo

por UNO AL SESGO



NICANOR VILLALTA

: LIBRERIA LUX :

Aribau, 26 : Barcelona

30 cts.



Nicanor Villalta Serres

A don Manuel Vellilla, notable escritor taurómico, entusiasta aficionado y estimadísimo amigo,

UNO AL SESGO

I

Toreó Villalta en Barcelona por primera vez en Barcelona el 17 de abril de 1922, alternando con *Facultades*, Pepito Belmonte y *Alcalareño II*, en la lidia de dos novillos de Palha y seis de Surga; y en esa tarde pensé de él, después de visto su trabajo, que era un torero que por obligación había de estar siempre bien, muy bien, para que el público tomara en cuenta su labor; para decir las cosas por su nombre, para que el público olvidara la impresión que aquel muchacho, zanquilargo y tieso, sin garbo ni flexibilidad, le producía desde el primer momento. Constantemente a dos dedos de lo ridículo, le era preciso al novel lidiador demostrar que a pesar de todo, no obstante las desventajas del tipo, su pretensión de ser torero tenía fundamento: el fundamento de un arte y de un valor, de un estilo o de una personalidad, que le permitían alentar aquella esperanza. Pero todo esto es lo que necesitaba poner de manifiesto en cualquier instante, para que la emoción que su trabajo produjera evitara toda veleidad por

LOS ASES DEL TOREO

parte de los espectadores, poco dados a benevolencias y respetos cuando el artista no se ha hecho todavía acreedor a ellos.

Creí haber puesto una pica en Flandes con esta idea mía, pero he de reconocer que como yo opinaron bastantes críticos casi al mismo tiempo, y por lo tanto no puedo alabarme de la originalidad en este caso y he de conformarme con la coincidencia.

De *Lagartijo* opinaba cierto aficionado que era torero hasta cuando huía; de *Rafael el Gallo* dijo *Guerrita* que si lo tiraban de un quinto piso, al llegar al suelo también era torero; de otro diestro de estos tiempos alguien ha dicho que es torero en la fonda, en la calle, en el café, cuando hace el paseíllo y en todo momento... hasta que sale el toro y se ve nuestro hombre precisado a torear. No es ese, ciertamente, el caso de *Villalta*; pero sí su mayor mérito.

Villalta únicamente es torero toreando, demostrándolo ante el toro, convenciendo a los muchos que no lo conciben, que no lo creen, todo porque su figura predispone a la duda cuando no a la chacota. Si todos hemos de arrastrar en este mundo nuestra cruz, hay que convenir que la de *Nicanor* no es pequeña.

Pero con ella a cuestas y sin más *Cirineo* que su entusiasmo, nuestro hombre va *Calvario* arriba, tropezando aquí, cayendo allá, con ese tesón que no he de incurrir en la vulgaridad de llamar baturro, porque es el mismo de todos los hombres, sean de donde fueren, que llevan algo dentro y están seguros de llevarlo.

Piense el lector aficionado en la diferencia que existe entre el torero que desde que pisa la plaza atrae las miradas simpáticas de

los concurrentes, que el traje le cae bien, que se mueve con soltura y gracia, con tipo harmónico y bien proporcionado, y ese otro torero que ninguna de esas condiciones reúne; reflexiones en lo fácil que le es el triunfo a aquél, por poco que haga, y lo difícil que ha de resultarle a éste alcanzar el triunfo.

Pues bien, este último es el caso de Villalta, al que en este punto se le ha querido comparar a Juan Belmonte, y yo creo que sin fundamento. A Belmonte, el tipo más le ha beneficiado que le ha perjudicado; más categórico, le ha beneficiado, lejos de perjudicarlo, por la sencilla razón de que en Juan eran deficiencias que, al parecer de las gentes siempre impresionables lo mismo en un sentido que en otro, lo colocaban en una manifiesta inferioridad para la lucha con el toro; y lo veían baldado, y lo veían jorobado, y hasta el prognatismo se exageraba, como si el ser prognato aumentara los riesgos y peligros para el torero. Todo esto hacía que gustara más, que maravillara, y que asombrara lo que Belmonte ejecutaba.

En Villalta, lo que en Belmonte eran deficiencias, son excesos en él. Demasiado alto, le falta siempre enemigo, en dos zancadas puede ponerse a salvo, las dificultades para formar un grupo vistoso, bonito, bello, con el toro son enormes; y aquí también exagera el espectador, pero no en favor del diestro sino en contra suya, y si olvida todo lo que hay de grotesco en ambas figuras, cuando se trata de Nicanor es porque se ve obligado a ello, contra su propia voluntad, mientras que cuando se trataba de Belmonte no hacía más que obedecer a su deseo y se rendía ensegui-

LOS ASES DEL TOREO

da por un sentimiento muy humano de simpatía hacia el que hace más de lo que puede o más de lo que de él se esperaba.

Por eso Juan, no necesitaba «transformarse» todas las tardes, para que el público le siguiera viendo con cariño, benevolencia y admiración, yendo de un burladero a otro, o parado en el tercio con el capote colgado entre las manos enlazadas, contemplando las peripecias de la lidia, más como espectador que como actor.

Villalta, no; Villalta necesita «transformarse» constantemente, emocionar, hacer olvidar su tipo para que sólo se vea su arte y su valor. Más aquel que este, pues para ejecutar lo que de él se exige, el valor no es lo primordial, lo primordial es el arte.

Villalta, valiente nada más, no convencería a nadie; sin el arte, sin su estilo muy suyo sin una habilidad muy suya, la emoción y la belleza que someten a las muchedumbres, no las alcanzaría jamás.

Y no acaban aquí las contras de este diestro; él más que ningún otro necesita de la cooperación del toro. Aun siendo un buen torero, aun conociendo perfectamente el toreo, reducir y dominar al enemigo no le basta, defenderse de él mucho menos; precisa torear bonito, repetir los parones, llevar a la fiera toreada, correr la mano, poner de relieve su extraordinario juego de muñeca, en una palabra, torear bonito, porque esa es la única manera de no estar feo.

¿Y basta para esto con la voluntad y la maña del hombre?

Afirmarlo sería incurrir en esa grave necesidad de una parte de la afición que supone que,

por el hecho de ser torero se halla en posesión el hombre de todos los secretos suficientes para hacer lo que le venga en gana de un toro, olvidando que en estos tiempos, como en los pasados, el refrán, proverbio o dicho aquel de que «los toros dan y quitan» está en vigencia.

El arte, el estilo, de Nicanor Villalta, necesita para ponerse de manifiesto la bravura y la nobleza del toro; sin esas cualidades no es posible que brille este espada a esa altura que la gente se empeña en quererle una tarde y otra.

En resumen, Villalta tiene la desgracia de no poder torear para él, con la aquiescencia del público; ha de torear para éste siempre y como siempre no se puede torear así...

Si así, con todos los inconvenientes, con tantos obstáculos, este torero se ha destacado y ha conseguido figurar en la primera fila, honrado será reconocer que su mérito y sus condiciones han de ser muy notables. Porque tal lo creo, y con el desinteresado entusiasmo que pongo en estas cosas, me ha parecido que de él debía ocuparme, no porque el que yo me ocupe tenga para nadie ningún valor, ni sea para el torero un certificado de «buena conducta en los ruedos», sino simplemente por haberme impuesto la obligación de formar una galería biográfica con los diestros que más han sobresalido en nuestra época para que en otras sepa el aficionado a qué atenerse y juzgue con algunos elementos de juicio ya que no me limito al mío y procuro que este sea lo más desapasionado posible.

Y si al lector le pareciera que esto ya lo he repetido alguna vez, perdóneme; pero tenga presente que hay cosas sobre las cuales con-

LOS ASES DEL TOREO

viene insistir, y una de ellas es que pongo todo el cuidado de que soy capaz en servirle la verdad, por lo menos lo que tengo por verdad, y no influye en mi ánimo otra razón que la de la justicia, si bien para mí esta justicia no está reñida con la benevolencia y la indulgencia.

¡Cuestión de carácter!

II

Nicanor Villalta es de un pueblo de la provincia de Teruel, llamado Cretas, del partido judicial de Valderrobles y, por lo tanto, casi rayano a las provincias de Castellón de la Plana y Tarragona, por lo que la lengua que allí se habla es un dialecto especial en el que el aragonés antiguo, el valenciano y el catalán entran por partes iguales.

La fecha del nacimiento de nuestro torero fué el 10 de diciembre de 1899.

Su padre, el señor Joaquín, sintió cierta afición al toreo, pero para desarrollarla no tuvo más campo que las capeas pueblerinas, en las que alcanzó esa fama comarcana con la que son conocidos los mozos que se distinguen en semejantes fiestas por su arrojo o por su habilidad.

En esas capeas conoció a Nicanor Villa Villita, y tanta admiración sintió por él, que más tarde, al casarse y tener un hijo, lo bautizó con el nombre del que ya entonces era matador de toros popular.

He ahí por qué nuestro Villalta se llama Nicanor.

No le iban del todo bien al señor Joaquín las cosas en España; el pequeño Nicanor tenía que ganarse el pan como pastorcillo y el resto de la familia con un trabajo que no acababa de satisfacer las aspiraciones del padre, por lo que decidió éste emigrar a América.

En México y Cuba, dedicado al comercio ambulante, pudo ir tirando hasta que reunió el capital necesario para establecerse en la capital de la primera de las dos repúblicas como carnicero, más tarde como panadero, y, por último, montó una gran casa de huéspedes. En todos estos negocios Nicanor ayudó a su padre y continuó asistiendo a la escuela para completar su instrucción; pero habiendo presenciado en la plaza de toros una corrida en la que actuaba Juan Belmonte, impresionado por lo que había visto, le entró el gusanillo de la afición y decidió ser torero.

Practicando donde podía, especialmente en el Matadero, y recorriendo haciendas y pueblos, llegó a darse a conocer, revelando condiciones muy apreciables para llegar a ser buen torero, por lo que su padre, al enterarse, quiso saber hasta qué punto era verdad lo que de su hijo se decía y organizó una encerrona en la plaza del Toreo, en la que Nicanor toreó y mató un sobrero haciéndole una gran faena de muleta con la mano izquierda y despachándolo de una estocada.

Catorce o dieciséis sobreros más adquirió el señor Joaquín para que Nicanor se fuera practicando y en todas estas fiestas íntimas, los que presenciaron el trabajo del muchacho, quedaron complacidos. En una encerrona, Juan Silveti le cedió un toro y fué grande su sorpresa al ver lo que el chiquillo hizo con la

muleta y del gran volapié con que remató a la fiera.

Como no tuvo facilidades para presentarse ante el público de la capital, hubo de hacerlo en Querétaro, donde por primera vez visitó el traje de luces, alternando con Rafael Ortega, Cuco y Refulgente Alvarez, con novillos de Espejo, el 22 de junio de 1918.

Se apreció en él en esa corrida lo mucho que le paraba a los toros y algo en su toreo y en la forma de matar que se salía de lo corriente.

En Yuriria, donde fué a torear como banderillero con el *Andaluz*, el cual le cedió el último toro, tal faena llevó a cabo con el bicho, que el público le hizo objeto de las más entusiásticas demostraciones, y la Empresa le contrató para el domingo siguiente.

El éxito le acompañó en Istacalco, donde con los charros Velázquez y Becerril actuó en dos tardes y, hasta tal extremo fué su toreo del agrado de aquella gente, que en hombros lo pasearon por las calles entre vítores y aclamaciones.

A todo esto, la muerte de la madre de Nicanor y la revolución, dieron al traste con la casa de huéspedes y los ahorros de la familia, que resolvió marcharse a Cuba y en la Habana vivió un año. Triunfador Carranza y restablecida la tranquilidad en México, allá volvió la familia Villalta; pero Carranza suspendió las corridas de toros y como lo que Nicanor quería era torear, padre e hijo se dirigieron a España, dejando en Méjico al resto de la familia, o sea, dos hermanas del torero, la mayor casada, y un hermano, Joaquín, que es hoy su administrador.

NICANOR VILLALTA

Regresaba a la patria después de trece años de ausencia, con la ilusión de ser torero y de que sus compatriotas lo conocieran como tal.

Llegó a Zaragoza y la antigua amistad del señor Joaquín con *Villita* sirvió para que éste organizara una corrida en la que dió cabida al muchacho de Cretas.

Fué el día 17 de mayo de 1920, el mismo día en que moría en Talavera el más portentoso lidiador de reses bravas, el glorioso e infortunado Joselito.

Con Villalta alternaban esa tarde los dos toreros, aragoneses también, *Herrerín* y *Gitanillo*, con novillos de Coquilla.

Un amigo estimadísimo, inteligente crítico taurómico, testigo presencial de essta corrida, me dice de ella en una nota que tuvo la bondad de enviarme :

«Había llovido copiosamente aquella tarde y a punto estuvo de suspenderse la función que se dió por afición de los toreros y con serrín abundante. En ella hizo Nicanor la faena más grande que hizo en su vida, incluyendo las que mejor haya hecho posteriormente en Madrid, que ha sido donde ha hecho lo más enorme de su vida de torero. Yo no lo he visto nunca como aquel día y allí preví lo grande de este muchacho.»

Por su parte, el concienzudo revistero del *Heraldo de Aragón*, *Pepe Moros*, se expresó así refiriéndose a esta tarde :

«Nicanor Villalta.—Este sí que se ha puesto en camino de empapelar con billetes la pared de su cuarto.

Le tocaron en suerte dos mozacos destartados, y manso de toda mansedumbre el tercero y soso perdido el último.

LOS ASEÑ DEL TÓREO

Sin embargo, el hombre de Cretas se llevó todas las palmas, cortó una oreja y se hizo pasear en hombros por el redondel.

Ya saludó con dos superiores verónicas al primero de los novillos retirados por insignificantes.

Cuando después de retirar otro novillete recortado y bravito le soltaron un toraco colorao, feo y mansurrón, Villalta volvió a veroniquear, clavados los pies en la arena, erguido el cuerpo, jugando los brazos a la perfección y alardeando de serenidad rayana en la impavidez.

La faena, sobre la mano de cobiar, fué sobria, reposada, valiente, buena de verdad. Escuchó muchas palmas y no escuchó más porque el toraco no obedecía bien a la muleta, jugada por el torero con un aplomo y una soltura impropios de un principiante.

Atacando superiormente, dejó el hierro bastante caído. Sin embargo le aplaudieron mucho y le obligaron a dar la vuelta, aunque el chico, modesto, se resistió tenazmente.

En el sexto acabó de armar el escándalo. Villalta lo toreó superiormente a la verónica y echándose el capote a la espalda.

Brindó al tendido 2 y empezó la faena con un ayudado por arriba al que siguieron tres naturales seguidos y sencillamente estupendos. El novillo describió un círculo completo, rodeando al hombre que egiraba sobre los talones doblando la cintura y corriendo la mano como un señor mayor. Tocó la música y rugió el público de entusiasmo. Aun hubo otro natural de la misma marca y otros pases superiores de veras. Y después un gran pinchazo, yéndose Nicanor detrás del hierro, y media en la misma yema, aunque produjo derrame.

Ovación, oreja, paseo y salida en hombros. Hay que darle toros a este chico. Hay que dárselos porque reúne condiciones sobradas para llegar a ser «gente» entre la torería.»

Volvió a torear en Zaragoza, con muy buen éxito también el 30 del mismo mes alternando con Rodalito, Casielles y Granero; y Villita, impresionado por lo que le había visto hacer a su casi ahijado lo envió impremeditadamente a Sevilla, como un fenómeno y así se anunció y jaleó con exceso por lo que aun estando bien, no llegó a entusiasmar al público sevillano, por lo que Villita, sentido de lo que él juzgaba su fracaso, no lo volvió a repetir.

Pasó el año siguiente toreando apenas por los pueblos y en malas condiciones, pero gustando extraordinariamente aquellos parones y aquel dominio de los toros singularmente con los fuertes, precisamente los que no quieren los demás, y así llegó el mes de septiembre.

A don Manuel Velilla, director de *El Chiquero*, y competentísimo aficionado, se le había encargado por la Cruz Roja la organización de algún espectáculo taurino a su beneficio y como Villita le dijera que no pensaba repetir a Nicanor, ni a Morenito, pensó en hacer un cartel con ellos y Calvache que se le había ofrecido, para que los de casa pudieran rehacerse y seguir adelante, singularmente Villalta al que veía desilusionado y con cosas bastantes para ser algo en el toreo moderno.

Se pusieron a disposición del señor Velilla, ambos gratis en absoluto y con una novillada que adquirió de las que tenía Villita se dió la función en la que Nicanor recobró todo su cartel, conquistando un puesto para la novillada de feria del Pilar de aquel año.

LOS ASES DEL TOREO

En Madrid hizo su presentación el 2 de abril de 1922, después de haberse suspendido esa corrida dos veces ya, alternando con *Facultades* y *Morenito de Zaragoza*, novillos de Moreno Santamaría.

Cogido al matar a su primero, no pudo apreciarse en él más que su buen estilo en algunos mulatazos.

El 2 de mayo fué repetido y quiero dejar la palabra al *Maestro Banderilla* que se expresa así al hablar, en *El Eco Taurino*, del torero de Cretas.

«Villalta comenzó regular y menos que regular. Sus lances un poco llapicerescos y sus navarras completamente originales, casi promovieron la hilaridad del auditorio. Hasta la estocada con que mató al toro fogueado no se tuvo en cuenta.

»Y con el mismo ambiente de hostilidad comenzó la lidia del quinto toro, el más bravo y más pastueño de los que van lidiados en la vieja plaza, hasta que llegó la suprema suerte, y entonces el del cuello largo, el torero desgarrado, el de las piernas kilométricas, se irguió gallardo y con maneras de artista, bien entonada la figura, toreó al natural, aguantando y mandando y terminando soberbiamente los pases, y después dió un montón de parones, sin descomponer la figura, sobre la mano derecha, y para complemento una estocada hasta la mano entregándose, un poquito desviada, por cuyo motivo no salió el toro rodando de sus manos. Pero no importaba, porque el público había comenzado a pedir la oreja que se le concedió en medio de una ovación grande, enorme.»

Salió de la plaza en hombros de los entusiastas,

Alternó esta tarde con Barajas y Sananes, y los novillos fueron del duque de Tovar.

Un detalle triste.

El padre de Nicanor, el señor Joaquín, perdió la vista coincidiendo con el gran triunfo de su hijo en Madrid y por lo tanto, ni pudo presenciar éste ni los sucesivos de los que oye hablar como cosa natural, pues está convencido de que el chico puede obtenerlos aun mayores.

Algo parecido debe ocurrirle al muchacho, pues cuentan que cuando después de esta corrida refería a su padre lo sucedido le decía :

«—Dice la gente, papá, que le he hecho al toro lo que no se había visto, y yo creo que le he hecho lo mismo que otras veces y lo que se le puede hacer ; pero como lo afirman unos señores muy inteligentes, voy pensando si realmente habré ejecutado algo extraordinario.»

Extendida la fama de Nicanor, las puertas de las principales plazas de España se le abrieron, y allí donde pudo desarrollar su toreo emocionante y artístico, su nombre ascendió a las nubes, y donde no tropezó con el toro a modo, los públicos se creyeron defraudados y no pudieron apreciar todo lo que hay en este diestro de extraordinario. Esto dió y sigue dando pábulo a grandes discusiones entre los que todo se lo conceden y los que todo se lo niegan.

El 6 de agosto de ese mismo año de 1922, después de catorce novilladas toreadas, Luis Freg le dió la alternativa en San Sebastián ce-diéndole la muerte del primer toro, *Capotero*, negro, de don José Bueno ; y al mes siguiente, o sea el 21 de septiembre Diego Marquiarán, *Fortuna*, se la confirmó en Madrid, ce-

LOS ASES DEL TOREO

diéndole el toro *Podenco*, cárdeno obscuro, de don Matías Sánchez.

Como matador de toros actuó en dicha temporada en doce festejos celebrados en San Sebastián, Málaga, Calatayud, Arlés, Madrid, Teruel y Zaragoza. Estoqueó en esas corridas 24 toros.

En todo el año el percance más grave fué el del 15 de junio en Madrid, en que un toro del duque le infirió una cornada en el muslo derecho.

La temporada de 1924, la resume así *El Eco Taurino*:

«La campaña de Nicanor Villalta tenía que ser eficaz y contundente. El estupendo muletero del año pasado había de colocarse en esta temporada en el lugar que por derecho le correspondía con arreglo a sus relevantes méritos. Ha toreado cuarenta y una corridas y un festival, y ha podido prolongar el número de sus contratos dentro, claro, de lo que dió de sí la temporada, algo corta para todos en relación con la de años anteriores, de haber abierto más la mano en materia de honorarios. En Madrid ha toreado seis corridas y las seis de altura, consolidando en todas su cartel y afianzándose en el concepto popular cada vez más, y distinguiéndose por su actuación en la corrida del Montepío taurino del 21 de junio, en la que obtuvo un éxito personal, y más todavía en la gran corrida de Beneficencia del 17 de mayo, en la que por aclamación general cortó una oreja, y todavía más en la que se organizó a beneficio de la Prensa, celebrada el 11 de junio con toros de Hernández y de Montoya, y en la que también cortó una oreja y le fué concedida por votación popular

NICANOR VILLALTA

la de oro, que como premio y galardón había instituido la mencionada entidad para festejar la labor del torero que tuviera mayor éxito en corrida de tanta monta. Y conste que en ella tomaron parte toreros del arte de Chicuelo, de la valentía de Valencia II y de la enjundia de Nacional II, y sobre la labor de estos diestros, que fué meritoria, cada una en su estilo, sobresalió la del maño que, como muletero, estuvo formidable, y como matador, seguro y valiente. Y el gran público, totalmente entusiasmado, le concedió la oreja, primero en la plaza y luego en la votación, y más tarde la Asociación de la Prensa, como así lo había prometido, le hizo entrega con todos los honores de la oreja de oro como premio a sus méritos, preciada joya de la que Nicanor Villalta hizo donación a la Virgen del Pilar, bello rasgo de noble aragonés, amante de sus creencias y tradiciones. Esta fué, sin disputa, la nota saliente de la temporada, y la que sirvió para redondear el éxito y afianzar la reputación de este ilustre maño, que en tan corto espacio de tiempo ha logrado colocarse en las avanzadas de la andante torería. Nicanor Villalta tiene una personalidad propia, que nadie ha de discutir, y un estilo muy suyo, muy propio también, que se aparta de la manera de hacer de sus compañeros.»

Consignado queda lo más saliente de la vida torera de Nicanor Villalta, sin darle ni quitarle, tal como los hechos ocurrieron, pues este capítulo es simplemente un relato, en el cual el crítico nada tiene que hacer. El crítico entra en funciones ahora

III

De un libro que el estimadísimo cofrade zaragozano, don Manuel Velilla, pensaba publicar y que ha tenido la amabilidad de darme a conocer inédito, quiero aprovechar, abusando de su bondad unos párrafos, que han de facilitarme mucho la labor crítica y al propio tiempo servirán de regalo al lector aficionado.

Dice así el notable escritor taurómico, al juzgar a Nicanor :

«Toreando de capa, con ese valor suyo parando lo que les para a los toros, con lo que juega brazos y muñecas, no es una figura despreciable ni mucho menos, por su verdad al ejecutar; pero aquí es donde más aprenderá y no le será difícil hacerlo, siquiera yo tenga la pretensión de creer que es error grande de los públicos y los toreros el que se toreen todos los toros de capa estén o no en condiciones para ello y convenga o no para la lidia, y por ello quien quiera que el toreo grande de Villalta luzca, que es con la muleta, debe desear que se limite a torear de capa bravamente y se conserven bien los toros para la última parte de la lidia, que es donde vendrán las bellezas de su toreo.

En los quites se ha soltado mucho conforme ha ido toreado y ya los hace variados y valerosos, aunque no tengan la finura de otros por no resultar ésta muy apropiada a la manera de ser los toreros aragoneses puros, en su origen.

Una sola vez le ví banderillear y de otra ten-

go noticia y en ambas ejecutó bien la suerte dando el pecho, pero un afán de adorno en la preparación, resultó mal con su figura y la actitud del público, mordaz y jocosa con los principiantes en todas partes, le quitó las ganas de seguir haciéndolo y lo creo una lástima porque pienso que podía haber hecho algo en esta suerte, dados su valor y condiciones físicas de dominio. Ahora ya no es ocasión de hacer probatinas, de no hacerlas en invierno en las tiendas.

Y llegamos al mayor mérito de Villalta al que le hace y le ha de hacer aun más, ser una figura inmensa del toreo moderno; la muleta.

Nicanor por los revisteros más exigentes, por los toreros y por todo el que haya visto una corrida de toros en su vida con recogimiento digiriendo lo que veía, ha sido proclamado como un muletero inmenso, no visto y que difícilmente será superado por nadie.

Todos, absolutamente todos los pases de muleta tienen un sello marcado suyo, personal, notado en dos cosas; la una la quietud de su figura, el atornillamiento de los pies al suelo al ejecutar los pases, y la otra, y en ello está el verdadero, el gran secreto del toreo de Villalta, en la manera de jugar la muñeca de ambos brazos, flexible con una flexibilidad no vista en lidiador alguno y a la vez con una fortaleza tal en los movimientos, que la muleta en sus vuelos sale lanzada con rigidez de cartón y pasa el toro bajo ella en el pase de pecho, como bajo un tejadillo que rápido se alza en el mismo momento de dar el toro con la cara en la tela, con tal precisión en el momento que el toro sigue su viaje, ya por no poderse detener, revolviéndose luego, si es

LOS ASES DEL TOREO

bravo y tiene codicia o yéndose si le falta nervio.

En el pase de pecho, para hacer eso presenta la mano con la muleta, como es lógico dando al toro la cara dorsal y rápidamente, sin correr la mano por delante del pecho hacia la cadera del lado contrario llevando con ello embebido al toro, como hace el que mejor de los actuales, dá él un golpe de muñeca fortísimo, por el cual alza la muleta y pasa por debajo el toro. Basta ver todas las fotografías que del pase de pecho se han hecho a este torero para ver claramente que la posición de la muleta es tal, como describo la forma de dar el pase.

En el pase natural pasa algo parecido y cuya base es igualmente el juego de la muñeca.

Merced a esa flexibilidad de muñeca innata en él, al comenzar el pase, con la muñeca sólo lleva la muleta y con ella al toro mucho más tiempo que los demás toreros que se ven precisados a girar antes, y cuando él gira la cintura, que tiene también muy flexible, más de lo general, ya lleva medio toro pasado y luego se lo enrosca a la cintura con poco giro y mucha quietud de pies, casi juntos, lo que dá a sus pases el sello inconfundible suyo, que tanto y tan justo triunfo le ha dado en cuantas plazas lo ejecutó.

Como esa flexibilidad a la vez le trae una facilidad grandísima en el manejo de la muleta que se pasa de una mano a otra con destreza superior a los demás, los pases todos los liga con anturalidad y prontitud, siempre erguido y parado, por muy pronto que se revuelva el enemigo, que le halla siempre re- puesto y preparado para el pase siguiente o el forzado.

Desde que vi la primera vez toreando de salón a Nicanor, me maravilló esta facilidad para manejar el capote y la muleta que se rodeaba por dentro seguidos, que uno suelto alguna vez se han visto en momentos de franco éxito e improvisación.

Nicanor los dá por dentro con la misma seguridad y confianza que por fuera, seguro de como si la plaza no tuviera barreras y fuese su manera de ejecutar ésta y otras suertes, al cuerpo y se cambiaba de mano sin que se le enredara una sola vez y como si en vez de una tela fuera una cosa rígida; claro que entonces dudé que eso en la lidia le resultase igual, pero ya fué para mí algo estimable y que podía arrancar aplausos cuando al ejecutarlo le saliera bien.

Otra cosa que ha causado maravilla, sobre todo a los toreros, ha sido los pases naturales solo una superficie plana, abstraído a cuanto le rodea, en cuanto se hace con el toro, limitándose el mundo para él, al terreno que pisa él y su enemigo, atento a dominarle sin preocupaciones seguro de lo que hace y manda con su arte.

En síntesis puede decirse del toreo de Villalta que es un toreo exclusivamente de muñeca, sin que los brazos en su avanzar de otros toreros llamados de toreo de brazos, lleven toreado al toro con ello hasta salvar la cabeza, si no que él coloca las manos y brazos en la posición requerida para el pase y quietos en ella al llegar al centro de la suerte el toro y tomado ya el engaño, juega la muñeca y ejecuta el pase a favor del desmuñecado, lanzando la muleta en la dirección necesaria pasando el toro bajo ella, en los pases cuya ejecución

LOS ASES DEL TOREO

precisa que pasen, o llevándola en vuelo por delante en los naturales o por bajo. Y el sin avanzamiento dislocado de pecho o vientre, ni alargadura de los brazos para formar arco o puente, inmóvil y gracil con su figura sigue enhiesta y altiva, sereno y sonriente, dominador de sus nervios y hasta de los músculos de su cara, que en fotografías de muchos toreros, de faenas grandes, pueden verse en gestos desencajados como haciendo fuerza y muecas grotescas que quitan a lo bien ejecutado atención en el que las vé, y en las de éste no se ven unca.

Matar Villalta mata con bravura hasta ahora acostándose materialmente en el morillo y dando el hombre bien, pero es ahí donde espero verle más transformación y mayor avance, y conste que no quiero decir que no mata o no sabe matar, si no que quiero decir que en eso es donde espero depuración de estilo, porque jugando la muñeca bien y con esa precisión con que juega la mano izquierda dará de sí lo preciso para poder fijar la atención en el sitio de herir, sin distraerse en el movimiento de esa mano y se acostumbrará a herir, cosa además que no se improvisa si no que se logra con la práctica. Basta tener idea un torero de la forma de herir a los toros y de mover la mano izquierda, para que ese torematando muchos toros llegue a matar bien; en cambio quien de un principio no trae idea, por muchos que mate llegará a lo humo a encontrar la muerte pronta y segura, pero no perfecta ni aproximadamente.

Villalta la encontrará pronto pues tiene condiciones para ello, y me atrevo a decir que para recibir toros, mejor que ninguno de los

actuales; mucho mejor para matarlos a volapié.»

¿Qué digo yo ahora?

En primer lugar que tengo por buenas las afirmaciones de Velilla, pues reconocida su competencia, e indiscutible su afición de buena ley, él que ha seguido paso a paso a este torero, que lo ha estudiado, puede mejor que nadie opinar en firme.

Por si algún malicioso quisiera advertir que no obstante esa conformidad que acabo de afirmar con el querido compañero, se destaca una diferencia de parecer entre nosotros al asegurar él que Villalta no necesita toro especial y creer yo que le hace falta que le salga «a modo» para su completo lucimiento, no hay tal disparidad, si la malicia del lector no interviene.

Velilla dice que Nicanor, con todos los toros, es buen torero: pone su arte, su deseo, su voluntad de agradar, y eso yo no lo niego; en cambio, yo sostengo que, para que luzca su labor, necesita de la colaboración del toro; pero para que luzca su labor en el sentido de la belleza, de la bonitura, de la vistosidad, no en el del arte o maña, y esto tengo la convicción de que Velilla no lo niega.

Villalta, por las razones que en el capítulo primero expongo, para «taparse» nada más, ha necesitado hacerle más al toro que otros toreros para realizar una gran faena, porque le precisa, para no quedar desairado, poner no tan sólo valentía y destreza, sino una buena voluntad, un entusiasmo que muy pocos poseen. He aquí una cosa que no siempre tiene en cuenta el aficionado cuando juzga el trabajo de determinados diestros, y que olvida con frecuencia al tratarse del de Cretas.

LOS ASES DEL TOREO

Para mi gusto, este muchacho tiene en el ruedo dos momentos que justifican su encumbramiento: su muleteo excepcional, inverosímil, y su amor propio al matar.

De lo primero, de su labor como muletero, dicho está todo con señalar sus grandes triunfos, alcanzados por eso precisamente, y nada tengo que añadir después del detallado evamen que hace Velilla de su juego de muleta; en cuanto a lo que al matador se refiere, el pundonor y la decisión de su ataque para coronar una faena, merecen tenerse muy en cuenta y son dignos de todo elogio.

Y si este torero, en los comienzos de su carrera como matador de alternativa ha logrado un puesto tan elevado en la torería actual, y se tienen en cuenta su juventud, su gran afición, grandes entusiasmos, ¿no es lícito augurarle un porvenir cada vez más halagüeño?

Modesto, humilde, sin engreimientos, con ganas de aprender, alejado de todo lo que a su profesión no atañe, con la idea fija de hacerse cada vez más digno de la estimación en que los públicos le tienen, y muy seguro de sí mismo, de su valentía y de su arte, no tan sólo me parece lícito confiar en él, por lo que de él conocemos, sino por lo que, de seguir por ese mismo camino, puede todavía desarrollar, para bien de una fiesta que, si hoy pasa por días de crisis, con el esfuerzo y buen deseo de todos, artistas y aficionados, puede resurgir triunfante y avasallar extranjerismos, que si la moda impone hoy, otra moda mañana acabará con ellos, con auxilio del buen sentido, que, tarde o temprano, nos hará comprender que en nada aventajan esos deportes, como espectáculos, al noble y varonil ejercicio del toreo, cien veces más artístico y mil veces más bello.

NICANOR VILLALTA

Piense en esto Villalta, piensen en esto los toreros que están en las mismas condiciones de Villalta y para ello puede ser, con el dinero, la gloria de haber animado este cotarro taurino, un poco desalentado.

FIN

Febrero, 1924.

Los Ases del Toreo

JUICIOS DE LA PRENSA:

«Yo siento una honda simpatía por esos hombres que llegan a su madurez con los mismos ímpetus, los mismos entusiasmos y pasiones de la juventud.

Tal es Tomasito Orts Ramos (Uno al sesgo), y no choque el diminutivo, que justifica su sano optimismo, sus alardes juveniles, su lucha constante y brioña en loor de nuestra hermosa fiesta nacional.

En los albores de su vida empezó Tomasito, pluma en ristre, su apostolado taurico, y sin decaimientos, alentado siempre por su afición, por su entusiasmo, hala, hala, continúa en revistas periódicas y semanales, en el libro, en el folleto, su labor de crítica concienzuda, honrada, borrando leyendas, deshaciendo equívocos, burlándose — con mucho acierto — de los tecnicismos taurinos, que indefectiblemente desbarata el toro.

Siempre acertado, valiente y sincero, su trabajo es algo admirable.

Comenzó hace años a pergeñar la serie de folletos titulados «Los ases del toreo», y si por mi simpatía hacia el amigo pudiera tachármese de haberme corrido en el elogio, ahí están esos folletos para justificar que me he quedado corto.

«Los ases del toreo» es una disección de todas las figuras contemporáneas, grandes, medianas y chicas, hecha con justeza, conocimiento y estudio profundo admirables.

Desde el glorificado Joselito hasta el último de los espadas actuales, todos pasan por el finísimo tamiz de «Uno al sesgo», sin que se escape minucia de sus dotes o sus defectos.

Y escrito en bella, ágil y colorida prosa, porque Tomasito es escritor culto y atildado, un periodista formidable.

El, que podría brillar, y ha brillado, en la novela, se jacta, le engríe que se le tenga sólo por escritor taurino. Es su pasión, son sus amores los lances de la lidia de reses bravas. Su preocupación constante es el intrincado laberinto del tablador taurino. Preguntadle por el historial de ganaderías, hierros y divisas, por los ascendientes y descendientes de tal semental, por la genealogía de tal o cual torero, y a todo os contestará de modo irrefutable, como de bien enterado.

Os digo que admiro a esos hombres entusiastas, siempre jóvenes, siempre afanosos de pelea por una causa simpática.

En la nueva serie de «Los ases del toreo» figuran Rosario Olmos, Gitanillo, Algabeño, Nacional II, Villalta, Ventóldra, Paradas y Fuentes Bejarano.

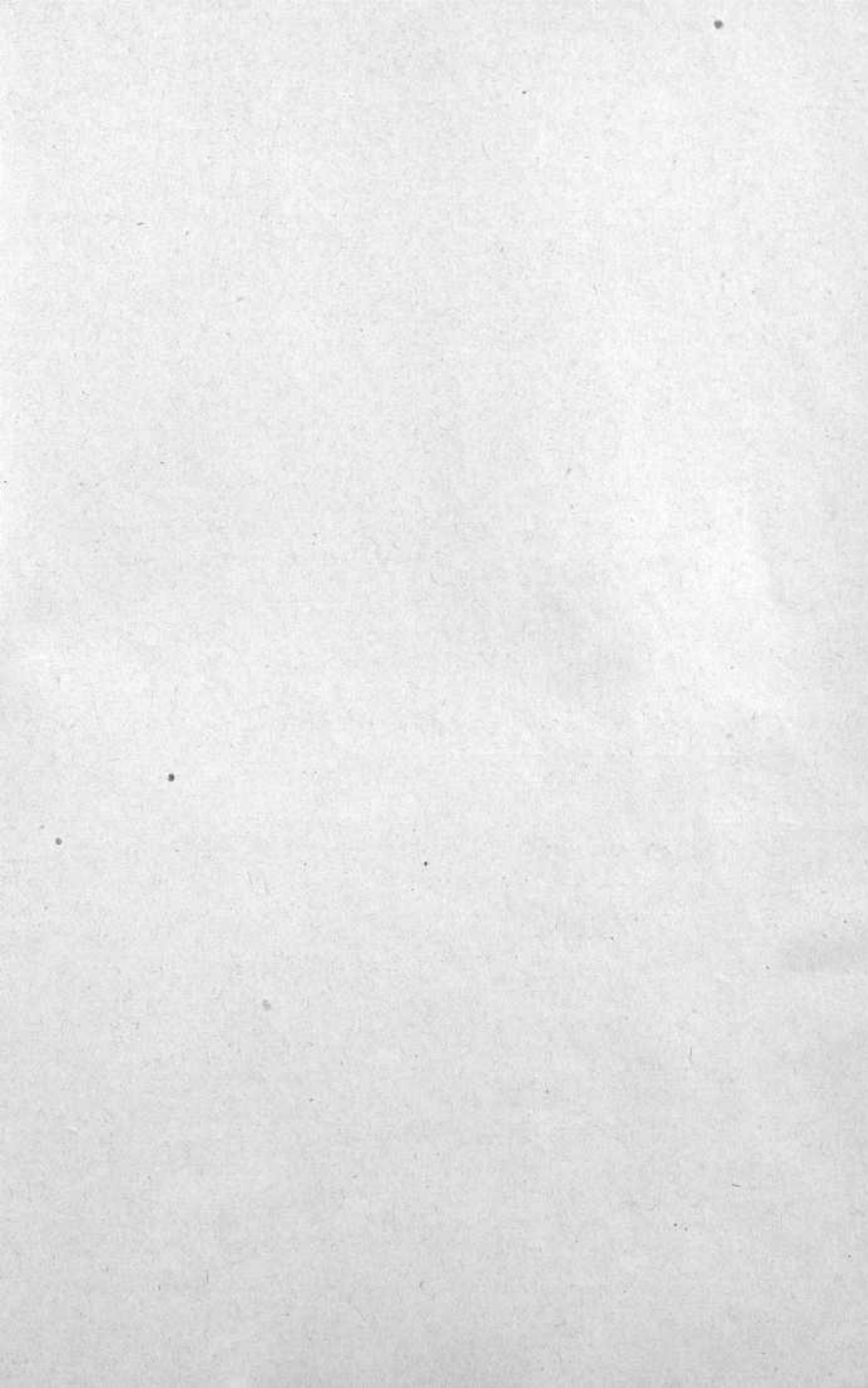
Compra, aficionado, esos folletos — treinta céntimos — y junto con los anteriores poseerás la historia fiel y admirablemente descrita del toreo de los tiempos actuales. En ellos aprenderás siempre algo, que tiene «Uno al sesgo» mucho que enseñarnos, y, cuando no, te solazarás en su lectura. De modo que ten la seguridad de que el autor no te defrauda.

«Los ases del toreo» es algo ya popular que integra forzosamente toda biblioteca taurina.

Como premio a una vida consagrada al enaltecimiento de la más hermosa de las fiestas de un aficionado tenaz y entusiasta: Tomás Orts Ramos («Uno al sesgo»).

AZARES





UNO AL SESGO

Los Ases del Toreo

(3.ª SERIE)

Rosario Olmos	Manuel García (Maera)
Braulio Lausín (Gitanillo)	Eugenio Ventoldra
Juan Anlló (Nacional II)	Emilio Méndez
Nicanor Villalta	José Paradas
J. García Carranza (Algabeño)	L. Fuentes Bejarano
Fausto Barajas	A. Posadas
Victoriano Roger (Valencia II)	F. Peralta (Facultades)
Juan Silveti	

0'30 céntimos

ACABA DE PUBLICARSE

TOMÁS ORTS RAMOS

Nena Clemente

(LA NOVELA DE UN
SENTIMENTAL EN CUBA)

Preciosa e interesante novela en que están descritas
de modo sugestivo las costumbres habaneras

En todas las librerías.

4 pesetas

Pedidos a Librería Lux : Aribau, 26 : Barcelona